

HABITARÁS LA CASA, DE REINALDO JIMÉNEZ

Pedro Felipe Granados

La belleza, que existe tanto fuera como dentro de nosotros, tiene continuidad en el espacio que acotan las palabras. ¿Cómo podríamos acceder a ella sin la siembra que las palabras llevan a cabo de sus ámbitos sensoriales, su existencia real y sus perfiles íntimos? *Habitarás la casa*, poemario de Reinaldo Jiménez, ganador de la Biental de Poesía Provincia de León 2012, es un libro en el que se funden la celebración de la existencia con la reflexión sobre el hombre y su pertenencia, más allá de lo estaríamos dispuestos a aceptar, a la naturaleza. Somos, en ella, una continuidad que ni siquiera es capaz de romper la propia muerte. El poeta nos ve, no como eslabones sueltos de un proceso ciego sino como seres que forman parte de un todo y a los que la naturaleza ha dotado de vida, una vida que perdura en la memoria personal cuando no se renuncia a lo vivido ni a la huella que nos dejaron los antepasados. El primero de los cuatro espacios poéticos del libro, *Modulaciones*, se abre con un poema de acendrado afecto al padre, un gesto de gratitud por la enseñanza recibida de que ser uno con la tierra es una certidumbre de la que florecen la alegría y la celebración de la vida; canto que no excluye un leve recuerdo de melancolía por el padre, que enseñó al poeta a llegar por sí mismo y con certeza a ese andén de la vida en el que «ha florecido / la crédula corola / de algunas certidumbres: / el vínculo que une seres en la pureza».

Un andén en el que rememora algunas de las raíces de su ser: la paz de las faenas campestres (nuevas *Geórgicas* de acendrada belleza), el ritual repetido de la poda que el poeta convierte en una ceremonia casi mística en la que el resplandor de las hogueras es una ofrenda a lo alto (sea lo que sea lo que habite en las alturas), al tiempo que una indagación de luz en las galerías subterráneas de la materia púlvida que nos sostiene y nos mantiene vivos.

Las siguientes partes del libro: *Contemplaciones*, *Percepciones* y *Habitarás la casa* desarrollan un itinerario personal en el que el poeta parece decirnos que somos tierra, y en esta evidencia comprendemos que ella no nos pertenece sino que nosotros pertenecemos a ella. Un panteísmo de raíces espirituales preside este libro desde el primer poema, y en ese espíritu van desfilando paisajes vividos, como el valle, que no es propiamente una contemplación sino un trozo de vida que habita al autor y hace florecer en sus adentros «una savia fluvial (que) en ti se multiplica». Rescata para la

belleza de la palabra y la meditación los «mástiles» del ágave, tan del sur, tan enhiestos, tan en contacto con las alturas que en su contemplación los ve como una conexión del cielo y de la tierra, como «ese nervio que uniera lo alto y lo profundo». Y Lucía, su hija, le hace percibir que los pequeños objetos sin historia son otro mundo que sólo pueden ver los ojos de ella y que por eso tienen una existencia digna de respeto, tanto que al guardarlos en el bolsillo «reviven como brasas». Lucía, que le hace entender la alegría: «un mar de luz rompiendo sobre el pecho» y que es capaz de inaugurar de nuevo el mundo, como si fuera el primer día de la creación en que «todo aún estuviera por ser / y por nombrarse».

Hace mucho tiempo que no leía unos versos tan profundos, tan auténticos, tan en la verdad de lo que somos, versos desprendidos de los perifollos con que se adornan las dudas y la indagación sobre lo esencial humano, la tradición adquirida y soportada en las espaldas y la cultura que se ha ido depositando como un limo empobrecedor sobre lo que podríamos ser sin las ataduras y marcas predecibles con que el tiempo y la historia nos visten.

Versos que aplicados a la hermosa tarea de adelgazar el espíritu de las palabras vienen a dar en una suerte de poesía mística sobre la naturaleza y el hombre y aportan, entre las angustias que zarandean la meditación sobre el ser, un rayo de fortaleza y esperanza porque «Sabe quien puede oír la música del mundo / que a fuerza de morir todo persiste».